

NIÑOS DE LA BIBLIA.



EL SEÑOR DE LOS CIELOS TE CONCEDERÁ ¡OH REY! LO QUE DESEAS.

XXIX.

DANIEL.



En el apacible silencio de la noche y mientras descansa en su mullido lecho el poderoso rey de Babilonia, Nabucodonosor, es asaltado por un sueño extraordinario, misterioso, que agita su espíritu y le hace despertar des-pavorido. Su conmocion es estremada: aun late su corazon con violencia y sin embargo ya no recuerda el sueño que

Mayo de 1849.

acaba de tener, ni le es posible á su fantasia reproducir la estraña imágen que acaba de contemplar. Desvelado y sin poder dominar su inquietud, apenas luce el primer albor del dia, con-voca á su presencia á los magos, á los adivinos y á todos los mas famosos sábios de Caldea, y apela al auxilio de su ciencia para obtener la satisfactoria explicacion de aquel arcano: pero la idea que el monarca conserva de su sueño es tan confusa, los datos que les dá son tan vagos, que no teniendo los adivinos en que fundar sus conjetu-ras, no pueden satisfacer la curiosidad

TOMO III. 9

del monarca, ni aquietar su ansiedad, lo que fué causa de que estallase la cólera de Nabucodonosor de un modo bien funesto para los magos y adivinos.

Viendo, pues, al rey en tal situación, y devorado por la mas negra pesadumbre, hubo allí quien se acordó de Daniel y espuso á Nabuco, que tal vez este israelita, ya célebre en Babilonia, pudiera explicarle el sueño que tanto le inquietaba. Un rayo de alegría brilló en el semblante del monarca al escuchar el nombre de Daniel, cual si diese ya por seguro el logro de su deseo, y mandó que inmediatamente le condujesen á su presencia.

Era Daniel un niño de sangre real, al que Nabucodonosor habia traído cautivo de Jerusalem con Ananías, Misiel, Azarias y otros jóvenes ilustres. Siendo así que el mismo rey Joachin y los principales magnates de su corte habian venido á Babilonia cargados de cadenas, Daniel por su buena presencia y por su ingenio, cayó tan en gracia al rey, que por disposicion de este se le franqueó racion de su régia mesa, y se le enseñaron la lengua y sabiduria de los caldeos, para que con el tiempo pudiese asistir junto á la real persona y ser digno ornato de la corte. Daniel se abstuvo siempre de los manjares que su ley reputaba como impuros, y aun halló medio de disimular el desprecio que de ellos hacia; pero supo muy bien aprovecharse de la brillante educacion que se le proporcionaba, en términos de ser docto en todas ciencias mas que sus compañeros, y alcanzar ademas la explicacion de los sueños y visiones, gracia con que el Señor se dignó adornarle. Poco mas de tres años de esmerada enseñanza llevaba Daniel, cuando fué llamado á la presencia del monarca, que así que le vió, le dijo estas palabras:

—Bien sabes, Daniel, las gracias de que te he colmado, y que no contento con eso he querido y quiero tenerte junto á mi persona para seguir prodigándote mis favores. Si estos exigen de tu parte alguna demostracion de gratitud, yo me daré por muy satisfecho con obtener de ti la explicacion

de este sueño misterioso que tanto me inquieta y que nadie sabe interpretar.

—El Señor de los cielos te concederá ¡oh rey! lo que deseas, revelando á este su siervo la verdadera interpretacion de ese sueño tan misterioso como significativo.

Permaneció unos cortos instantes en silencio y como recogido dentro de si mismo, y luego empezó á hablar así:

—Has visto ¡oh rey! una imponente estatua, de severo aspecto y gigantescas formas, la cual tenia la cabeza de oro, el pecho de plata, el vientre de cobre y las piernas de hierro, mientras que los pies, parte eran de hierro y parte de barro.

El rostro del monarca se iba animando á medida que hablaba Daniel, pues recordaba entonces con toda claridad haber visto lo que le estaba refiriendo.

—Despues, continuó Daniel, has visto que desprendiéndose de la cima de un monte, y sin ser impulsada por nadie, una piedra pequeñita bajaba hasta dar en los pies de la estatua, que inmediatamente se desmoronaba y deshacia en polvo impalpable. Despues, aquella pequeña piedrezuela crecia y se aumentaba hasta convertirse en una gran montaña que llenaba todos los ambitos del espacio.

—Así es cierto como tú lo dices, exclamó Nabucodonosor.

—Pues escucha ¡oh poderoso rey! el significado de esta misteriosa imagen que representa la sucesion de los imperios y monarquias hasta la venida del rey de los reyes. La cabeza de oro significa el actual imperio de Asiria, al que desde Babilonia con tanta fama presides. El pecho de plata significa el imperio de los persas, no menos brillante que el tuyo, al que en breve ha de suceder. El vientre de cobre indica la monarquía de los griegos, y las piernas y pies de hierro el imperio de los romanos, que señores del universo reasumirán en si el territorio y la grandeza de las monarquias anteriores; pero todos estos imperios se eclipsarán y desvanecerán ante el reinado del Mesias verdadero, que será eterno y enseñoreará para

siempre á todos los demas, y este Mesías es el que está claramente simbolizado en la piedrecilla que se desprende de la montaña para reducir á polvo la estatua, creciendo portentosamente en su lugar.

Así habló Daniel, mientras que brillaba en sus ojos todo el fuego de la inspiracion, lo que unido á los flotantes cabellos que tanto agraciaban su rostro, y á la postura firme y noble con que se mantenía delante del rey y de su corte, tenía embelesados á los circunstantes. Todos ellos, desde el monarca en su trono, formaban círculo en diversas actitudes alrededor de Daniel, fijando en él la vista y prestando la mayor atencion á sus palabras, que inundaban en todos aquella persuasion que solo al genio es dado esparcir en rededor de sí.

—¡La misma sabiduría es la que habla por tu boca! exclamó el rey Nabucodonosor, y después de haber manifestado con estas palabras su satisfaccion y su alegría, colmó de honores y riquezas á Daniel, nombrándole prefecto de la provincia de Babilonia, y constituyendo también en dignidad á

aquellos que Daniel estimaba mas entre todos sus compañeros de cautiverio. Convino Nabucodonosor en que verdaderamente seria poderoso Dios, aquel que habia de desvanecer ante sí á las cuatro grandes monarquías simbolizadas en la estatua mística, y no se opuso á que Daniel le reverenciase, y aun á este mismo jóven profeta se le tributaron, por mas que lo rehusaba, aquellas demostraciones de veneracion y de afecto, que segun la usanza de aquellos pueblos, ya rayaban en idolatria.

Así fué como la Divina Providencia dió á conocer al inspirado Daniel, que no solo en esta ocasion, sino en otras, habia de profetizar con asombrosa claridad la venida del Mesías esperado de los pueblos, y tal fué el principio del engrandecimiento de aquel santo profeta, que tanto habia de aprovechar su valimiento con el soberano, para auxiliar al cautivo y oprimido pueblo á que pertenecía, y para favorecer á la inocencia injustamente acusada.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

LIUVA II. - WITERICO. - GUNDEMARO.

Poco empeñará la curiosidad de nuestros lectores el periodo que abraza la historia de los reyes á que vamos á referirnos, no solo por lo breve y fugaz de sus reinados, sino tambien por la escasa importancia de sus acciones. No obstante, la España, casi siempre convertida en teatro de guerra, combatida por la codicia de los extraños y por las pasiones y perpétua desunion de los naturales, presentaba á la sazón un carácter de apacible bonanza, cuyo raro contraste tenía suspenso el

ánimo de las demás naciones que miraban con celosa envidia la calma de un pueblo naturalmente inquieto y belicoso. El establecimiento de la religion católica en casi todas las provincias de España, influyó sin duda lo bastante para que los hombres fuesen poco á poco modificando sus instintos feroces, y marchasen de consuno para buscar el lazo saludable que nos une, y forma los cimientos de una sociedad humanitaria y benéfica; con la religion católica, decimos, halló su merecida ruina la secta de Arrio, y nació la uniformidad que desvanece todo género de inquietud intestinal, ese peligroso gérmen que echa por

tierra las mejores afianzadas monarquías. Semejante al naufragio que en lo recio de la borrasca miró su nave próxima á sucumbir al rigor de los elementos; pero que un viento favorable disipa la tempestad y acaricia al bajel con soplo tranquilo y reposado, para llevarle al puerto de bonanza, así corría la España por el seno de la tranquilidad los primeros años del siglo VII. Casi totalmente desembarazada de enemigos forasteros, pudo atender á su mejoramiento y prosperidad, ora reformando leyes, ora cuidando del lustre y grandeza del trono. Sin embargo, las cuestiones de sucesión dieron motivo en la corte á trágicas escenas; pero en las que los pueblos no tomaron una parte muy activa, porque llegaban á noticia de las provincias como un eco imperceptible y debilitado por el grande espacio que ha recorrido.

Dejó Recaredo un hijo llamado Liuva; contaba solo veinte años de edad cuando falleció su padre al que sucedió en el trono sin manifiesta oposicion de godos y españoles. Era de gallarda presencia, de rostro hermoso, dulce y apacible en el trato, y apesar de su edad temprana para sustentar el grave peso de la corona, dió visibles muestras de poderla ceñir con la misma dignidad é inteligencia que su padre, al cual tomó por modelo para regir el Estado; mas esta flor naciente que tan sazonados frutos prometia, fué cortada de raíz por una mano traidora, antes de aparecer con todo su esplendor y lozania.

Witerico, aquel malvado que afiló la cuchilla para consumir el regicidio en la persona de Recaredo, y á cuya clemencia debió la vida, lejos de manifestarse reconocido á la generosidad del padre, aguzó nuevamente su puñal para asesinar al hijo; ejemplo inaudito de perfidia y deslealtad, y lección para el hombre que dotado de un alma generosa se deja conducir por sus buenos instintos y perdona la traicion; pues es necesario saber que el criminal que una vez levantó su mano para efectuar el asesinato, cuenta con los impulsos de su mala condicion, para levantarla dos, tres, y ciento si es posible.

Aprovechandose Witerico del natural incauto y bondadoso del jóven soberano, puso en juego cuantos resortes juzgó apropiado para conseguir la privanza de Liuva; con efecto, supo Witerico solapar de tal manera sus malvadas intenciones, que se presentó á los ojos del jóven rey, como el simbolo de la lealtad, al paso que puesto de acuerdo con sus parciales, maquinaba el mas horrible plan á fin de arrancar la corona de las sienas de Liuva, y colocársela él mismo en su cabeza. Luego que conceptuó maduro su proyecto, no se detuvo en ponerle en ejecucion, y acudiendo una mañana al cuarto del soberano, fingiendo sobresalto y azoramiento, llamó la atencion de Liuva con las siguientes palabras:

—¿Señor!

—¿Qué pasa, Witerico? preguntó Liuva asustado.

—¿Nos oyen? dijo Witerico mirando á todas partes.

—No, contestó Liuva. ¿Pero acaba, qué sucede?

—Vuestra corona está ya casi en las manos de un usurpador.

—¿Cómo! ¿que dices? exclamó el jóven rey sobresaltado.

—Está comprada vuestra guardia, y á una señal tiene que acudir para quitarnos la vida.

—¿Y cual es la señal?

—Esta, contestó Witerico.

Y dando tres fuertes golpes á una puerta que prestaba comunicacion á otros aposentos del palacio, se abrió repentinamente, y salió con efecto la guardia de la real persona con espada en mano. Liuva miraba de hito en hito y como petrificado el grupo de traidores que tenia en su presencia, y no acertaba á pronunciar una palabra. Witerico desnudó la daga que llevaba en su cintura, y con risa infernal habló al monarca del siguiente modo:

—Aprendan á ser mas cautos los reyes; ¿qué puede esperar de ti, miserable rapaz, la soberanía de los godos? Creiste llegar al colmo de la dicha, rigiendo los destinos de nuestra vasta monarquía... Prepárate á morir.

Entonces Liuva conociendo el peligro de su vida, é indignado en presen-

cia de una accion tan bastarda, trocó su espanto en cólera, y apostrofó á los rebeldes con las siguientes palabras.

—¡Desleales! ¡canalla envilecida! ¿No os avergonzais de rendir pleito homenaje á un traidor que adquiere la soberania por medios tan criminales?... ¿Sereis capaces de obedecer á un rey asesino?

Witerico, temió que si el rey hablaba mas, los soldados podrian talvez arrepentirse del atentado, y volver sus armas contra el mismo agresor, y por eso se dió prisa á consumir el crimen.

—¡Muere! gritó Witerico alzando la daga y acercandose á Liuva.

Pero este desnudó entonces la espada, y exclamó.

—¡Moriré, pero matando!



RECONOCEME COMO AL REY DE LOS GODO.

Facilmente se concibe que la lucha seria poco duradera, atendida la ventajosa superioridad de los que acometian; Liuva se defendió; mas al poco tiempo cayó al suelo bañado en su propia sangre, y espiró llamando traidores á los malvados que sin piedad le acuchillaban.

Cuando Witerico vió que su desgraciada victima no respiraba, se volvió á

los cómplices, y mientras envainaba la enrojecida cuchilla dijo en tono feroz y brutal.

—La corona de este miserable, ha pasado á mis sienes. Reconocedme como al rey de los godos: desde hoy cesará de manifestar su influencia el catolicismo y volveremos á ver el triunfo de los arrianos.

Mandó en seguida dar sepultura al

cadáver, y propuso que se anunciase con solemne pompa su advenimiento al trono. Acataron al nuevo rey; pero la mayoría del pueblo desaprobó en silencio el atentado; lloró la desastrosa muerte del joven Liuva, y en particular los católicos se pusieron de acuerdo para arrojar del solio al usurpador y al asesino.

Habia sucedido Witerico á Liuva en el trono, pero estuvo muy distante de sucederle en sus buenas cualidades: lo que aquel tenía de valeroso, prudente y afable, este lo tenía de cobarde, intolerante y rencoroso. Nada mas reprobado y tiránico que los actos de su monarquía: negóse el cielo á favorecerle en sus empresas militares, porque siempre llevó lo peor en la guerra, y sus disposiciones en la paz fueron desastrosas, y por consiguiente criticadas con la mas aspera censura de sus vasallos, que á nada mostraban mas repugnancia que á prestar obediencia á semejante rey. Exasperado este al observar las consecuencias poco lisonjeras que obtenían sus disposiciones, creció de punto su soberbia, y creyó enmendar sus desaciertos apelando al colmo de la tiranía, con cuyo recurso aumentó los sinsabores de su reinado, viendo á su pueblo cada vez mas descontento y deseoso de arrancarle el cetro, que puesto en sus manos, parecía estar maldecido por la Providencia.

Tenia Witerico una hija llamada Ermenberga, á la cual casó con Teodorico, rey de Borgoña, y este enlace proporcionó despues nuevos disgustos al soberano, porque Teodorico repudió á su esposa, despojándola del dote que habia llevado y enviándola á su padre, con lo que añadía el insulto á la crueldad. Sentado se hallaba el rey á la mesa cuando vió entrar á su hija cuitada y sin consuelo.

—¿Qué veo? exclamó Witerico levantándose y abrazando á su hija. ¿Qué es lo que me indica tu llegada y con tales muestras de abatimiento.

—¿Podré decirlo, señor, respondió la entristecida esposa; ved á vuestra hija repudiada de su marido, y despojada de los bienes que poseía.

—¿Y por qué? pregunto Witerico.

—Lo ignoro, señor: desde el punto y hora en que nos unimos empecé á ver en mi esposo la tibieza, luego el desprecio, y últimamente el insulto que presenciáis.

—Forzoso será vengar tamañó ultraje, interrumpió enfurecido el monarca.

Y volviéndose á los nobles que le acompañaban á la mesa, añadió.

—Nobles godos; ya veis lo que acaba de pasarme; semejante desacato no puede quedar impune. Yo quiero que se declare la guerra al rey de Borgoña.

—Nada mas justo, dijo un noble, llamado Sistando, y ahora mismo salgo de palacio para propagar la noticia á fin de enardecer el ánimo de vuestros vasallos, para predisponerlos á la próxima pelea.

Sistando salió del régio alcázar, el rey volvió á sentarse á la mesa, y rogó á Ermenberga que tambien se sentara; los demás nobles imitaron su ejemplo y continuaron comiendo.

Poco tiempo despues se oyó una confusa gritería, cuyas voces resonaban dentro del mismo palacio. Witerico se levantó asustado; pero su hija le tranquilizó diciendo.

—¿Qué temeis, padre mio? ¿No escuchais los gritos de venganza? ¿Quién puede ser, sino vuestros fieles y leales vasallos, que al saber la infausta novedad revelada por Sistando, penetran en palacio pidiendo la cabeza del rey de Borgoña?

En esto entró Sistando con la espada desnuda, y seguido de un numeroso tropel: Witerico, dando crédito á lo que de buena fé habia creído su hija, se levantó con semblante animado y complacido para dar las gracias al pueblo; pero Sistando, alzando la espada, gritó.

—¡Llegó la hora de nuestra venganza! Muera el asesino del joven Liuva.

Huyó Ermenberga; cayó la mesa por tierra, y acabaron con Witerico á fuerza de repetidas y profundas estocadas; ataron una cuerda á su cuello, y en esta guisa le sacaron del palacio.

y le arrastraron en seguida por las calles de Toledo con mofa y escarnio del populacho, quien no satisfecho aun con semejantes actos, celebró un funeral burlesco y estravagante, y últimamente le dieron sepultura en un lugar inmundo, ó como dice Mariana, «en cierto lugar muy bajo.»

Siete años estuvo Witerico empuñando el cetro de la soberanía goda, pero al cabo finó con la catástrofe indicada, que todos conceptuaron como dimanada de la Divina justicia, y como recompensa del medio bastardo que empleó para el logro de la monarquía. Ignórase la suerte de Ermenberga.

Entre los nobles que comían con Witerico el día de su desastrosa muerte había uno que tenía por nombre Gundemaro, sobre el cual recayó la elección de la corona por voto unánime del pueblo; ora por ser personaje á la sazón muy señalado, ora por haber sido cabeza del motín que derribó del trono á Witerico. Comenzó á reinar el año 610, y si es lícito auxiliarnos de conjeturas, no sería extraño que su encumbramiento al sólio le debiese también á la parcialidad de los francos, que no andaban muy avenidos con el reinado de Witerico.

Mas afortunado que su antecesor, sujetó á los navarros que se habían levantado, y con no menos prosperidad hizo la guerra á varios capitanes

afamados del imperio, que aun pisaban cierta parte del territorio español. Pero sus trofeos militares no debieron ser de mucho bulto, pues sus contemporáneos no se ocupan de Gundemaro como se ocuparon de otros reyes godos.

Consta igualmente que se hizo aliado del rey de Austrasia para declarar la guerra al rey de Borgoña, pero no fueron muchas las ventajas que consiguió á consecuencia de semejante pacto. Todos convienen, sin embargo, en que Gundemaro fué digno de llevar el honroso título de rey; mas muy poco tiempo gozó de él, porque á los veinte y dos meses de reinado, se sintió acometido de una enfermedad maligna, que le llevó al sepulcro en breve plazo.

Habiase casado con Hilduara, pero no dejó sucesión.

El enterramiento y exequias del rey Gundemaro se hicieron con la solemnidad que de suyo merecía, por su dignidad y por sus buenas prendas, «y las lágrimas que se derramaron, dice un historiador, fueron muchas por haber tan en breve faltado un príncipe tan escelente, de costumbres y vida muy aprobada, y que con la grandeza del ánimo juntaba mucha afabilidad y blandura: cosa con que grandemente se grangean las voluntades de un pueblo.»

I. A. BERMEJO.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

JUANA DE ARC.

VIII.

Grande es la animación y el bullicio que reina en la plaza de Reims, desde cuyo punto todos tienen su mirada fija en la catedral; entre la multitud están los personajes conocidos ya de

nuestros lectores bajo los nombres de Beltran, Claudio Maria, Esteban, Luisa y Margarita. El bullicio se aumenta de repente, porque oyen á lo lejos una música que progresivamente se va acercando.

—¿Oís la música, dijo Beltran; son ellos, se aproximan? ¿Dónde hallaremos un buen sitio? ¿Será mejor subir á la plataforma ó penetrar entre el

pueblo? pues yo no quiero perder nada de la ceremonia.

—No podremos pasar, respondió Esteban, las calles están llenas de gentes, de caballos y carruages; coloquémonos cerca de estas casas, y veremos cómodamente el séquito cuando pase.

—Parece, dijo Claudio Maria, que se ha venido aquí la mitad de la Francia.

—¿Quién puede quedarse tranquilo en su morada, interrumpió Beltran, cuando suceden en el país cosas tan extraordinarias?

En este momento Margarita y Luisa, divisaron á Claudio Maria y sus amigos, y atravesando la muchedumbre vinieron á juntarse con ellos diciendo.

—Hemos venido á ver á nuestra hermana.

—Haceis perfectamente, respondió Beltran.

—Hasta que mis ojos no la vean, dijo Luisa, no creeré que la guerrera á quien llaman la Doncella de Orleans, es nuestra hermana Juana.

—¿Lo dudas aun? preguntó Margarita. Ahora la verás con tus propios ojos.

—Poned atencion, interrumpió Beltran, que se acerca.

Con efecto, el cortejo desembocaba ya por la plaza. Abria la marcha un gran número de músicos; detrás venian muchos niños vestidos de blanco con ramos de flores en las manos, á los cuales seguian dos heraldos y unos cien alabarderos; los magistrados con sus togas, y los mariscales con sus bastones, precedian al duque de Borgoña, que traia la espada, y á Dunois que llevaba el cetro; otros grandes conducian la corona el globo y la balanza de la justicia, y algunos llevaban ofrendas. Detrás marchaban caballeros ciñendo los hábitos de sus respectivas órdenes, un coro de niños con los incensarios, dos obispos, y el arzobispo con un crucifijo. Juana aparecia con su bandera, con la cabeza baja y con paso inseguro. Sus hermanas, cuando la vieron manifestaron su alegría y su sorpresa. Detrás de Juana se adelan-

taba el rey bajo un dosel llevado por cuatro varones, y seguido de su real servidumbre: muchos soldados cerraban la marcha, y todos entraron en la iglesia, y la música dejó de oírse, y mientras la multitud se agolpaba hacia la catedral, la familia de Juana y sus amigos hablaban del siguiente modo.

—¿Has visto á nuestra hermana? preguntó Margarita á Luisa.

—¿Es la que lleva una armadura de oro, preguntó Claudio Maria, y marcha con la bandera delante del rey?

—Sí, respondió Margarita, esa es Juana, nuestra hermana.

—Y no nos ha conocido, añadió Luisa; no ha adivinado que sus hermanas podian estar aquí. Clavaba su vista en la tierra; iba pálida y temblando; no me ha gustado mucho su aspecto.

—No estoy soñando, interrumpió Margarita; he visto á mi hermana en medio de la pompa y el esplendor. ¿Quién creyera que la que en otro tiempo conducia rebaños en nuestras montañas brillase un dia con semejante esplendor?

—El sueño de nuestro padre, se ha realizado, dijo Luisa; nos hallamos en Reims y prosternados delante de nuestra hermana. Esta es la iglesia que nuestro padre vió en sus sueños; todo se ha cumplido; pero nuestro padre ha tenido tambien funestas apariciones... ¡Ay! me aflige de haber visto á Juana en medio de tan brillante esplendor.

—¿Por qué permanecemos aquí tan inútilmente? dijo Beltran. Entremos en la iglesia para ver la ceremonia.

—Si vamos, respondió Margarita; acaso encontraremos á nuestra hermana.

—Ya la hemos visto, dijo Luisa; volvamos á nuestra aldea.

—¿Como! exclamó Margarita; antes de hablarla.

—Ya no nos pertenece, repuso Luisa; su lugar está entre los príncipes y los reyes: ¿Quién somos nosotras para tomar parte en su triunfo?

—¿Podria Juana despreciarnos? dijo Margarita.

—El mismo rey no se avergüenza de nosotros, exclamó Beltran; á su paso le

he visto saludar amistosamente á todos los súbditos.

No bien habia Beltran acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron dentro de la iglesia las trompetas y los timbales. Claudio Maria rogó á los que le acompañaban que entrasen con él en la iglesia, pero lejos de poderlo conseguir, fueron atropellados por la multitud y con fundidos con ella. En el sitio que ocupaban los anteriores personajes, apareció Thibaut, vestido de negro, y Raimundo que procurando detenerle le decia:

—¿Dónde vais, señor? Separaos de la multitud. Aquí no veis otra cosa que hombres alegres y con vuestro pesar injuriáis el festejo; venid, y alejémonos de la ciudad.

—¿Has visto á mi desgraciada hija? preguntó Thibaut. ¿La has visto bien?

—Retiraos; yo os lo ruego.

—¿Has visto sumarcha tímida y vacilante, su rostro pálido y turbado? La desdichada comprende ya su situación..... Este es el momento de salvar á mi hija; quiero aprovecharle.

Y diciendo estas palabras procuraba adelantarse, y Raimundo deteniéndole proseguia:

—Aguardad, deteneos ¿que vais á hacer?

—Quiero sorprenderla, precipitarla desde lo alto de la vana prosperidad, y conducirla de grado ó por fuerza hácia el Dios del cual reniega.

—Pensadlo bien; no queráis precipitar á vuestra hija en su ruina.

—Perezca mi cuerpo si ha de salvarse mi alma.

A este tiempo volvió Thibaut la cara y vió salir á su hija sin bandera. El pueblo se precipitó en su derredor, y comenzó á saludarla con gritos de alegría, al paso que otros besaban sus vestidos.

—Ella es la que ha salido, dijo Thibaut; mirala pálida, la ansiedad la saca fuera del santuario y la justicia divina se manifiesta en su presencia.

—Adios, dijo Raimundo, no exijais que os acompañe mas tiempo. Yo he venido aquí lleno de esperanzas y me ausento lleno de pesar. He visto á

vuestra hija y siento que voy nuevamente á perderla.

Raimundo se alejó y Thibaut hizo lo mismo, si bien se encaminó por el lado opuesto. Mientras Juana se separaba de la molesta multitud taciturna y pesadosa, acertaron á pasar Luisa y Margarita, que al pronto no se determinaron á llegar al parage donde se hallaba su hermana; pero ultimamente se precipitaron exclamando:

—¿Juana, Juana!

Y la abrazaron.

—No es una ilusion, decia Juana; ¿es cierto que os abrazo, mi querida Luisa y Margarita.

—Nos conoce todavía, dijo Margarita; es aun nuestra buena hermana.

—¿Y es vuestra ternura la que os ha conducido hácia mi? ¿No estais irritadas contra esta hermana que os ha dejado sin despedirse de vosotras?

—No, respondió Luisa, porque te guiaba la misteriosa voluntad de Dios.

—Tu fama, de la que se ocupa el mundo entero, añadió Margarita, tu nombre, que todas las bocas pronuncian con veneracion, ha penetrado en nuestra apacible cabaña, y nos ha guiado hácia este solemne festejo; hemos querido presenciar tu engrandecimiento.

—¿Y padre? preguntó Juana con viveza. ¿No ha venido con vosotras, ¿Dónde está? ¿Por qué se oculta?

—No ha querido venir con nosotras dijo Margarita.

—¿No ha querido ver á su hija? preguntó Juana; ¿ni tampoco me traéis su bendicion?

—No sabe que estamos aqui, añadió Luisa.

—¿No lo sabe? ¿y por qué os habeis turbado? ¿Os callais; bajais la vista...? decidme, ¿donde está mi padre?

—Desde que partiste... dijo Margarita.

Luisa hizo una seña á su hermana para que callase, mas esta continuó:

—Nuestro padre se ha puesto muy melancólico.

—Pero consuélate, interrumpió Luisa. Ya conoces su alma sensible y tierna. Volverá en si y se tranquilizará cuando le digamos que eres dichosa.

—Tu eres dichosa, ¿no es verdad? preguntó Margarita.

—Sí, respondió Juana; lo soy porque os encuentro y abrazo porque escuchó vuestra voz, acento querido que me recuerda los campos y las delicias paternas. Cuando guiaba mis rebaños me parecía estar en un paraíso.... ¿No podré volver á gozar esa vida?

Y diciendo estas palabras ocultaba su rostro en el seno de Luisa, á cuyo tiempo se presentaban Claudio María, Esteban y Beltran, que fueron acercándose á Juana con timidez; pero Margarita que los vió se dirigió á ellos diciendo:

—Esteban, Beltran, Claudio María, llegad: nuestra hermana no es orgullosa; es tan dulce, tan amable, nos habla con el lenguaje de la amistad, lo mismo que cuando vivía con nosotros en la aldea.

Estos se fueron acercando y quisieron presentarle la mano; pero Juana los miró con fijeza y manifestó una profunda sorpresa.

—¿Dónde estoy? exclamó, decidme: todo esto no es mas que un largo y prolongado sueño, del cual voy muy pronto á despertar. ¿No estoy en Domremy?... Sí; allí estoy; estoy dormida debajo del árbol mágico; acabo de despertar y os encuentro á mi lado. He soñado con reyes y batallas; no son mas que sombras que han pasado por delante de mí. ¿Cómo habeis venido á Reims? ¿Cómo he venido yo también? Decidme que aun estoy en Domremy y dad la alegría á mi corazón.

—Estamos en Reims, respondió Luisa, y estas acciones no son un sueño, sino una realidad.... Conócete; mira en tu derredor, observa tu brillante armadura de oro.

Juana entonces llevó con prontitud la mano á su pecho, y después de un corto momento de reflexion, verificó un movimiento de espanto.

—Yo os proporcioné este casco, dijo Beltran.

—Venid y huyamos, dijo Juana; yo voy con vosotros, quiero volver á nuestra aldea, al seno de mi padre.

¿Querías renunciar á tanto esplendor? preguntó Margarita.

—Deseo alejar de mi este odioso adorno que separa vuestro corazón del mio, añadió la doncella; deseo volver á ser pastora, servir como una humilde criada, y espiar con la penitencia mas rígida el crimen de haberme hecho superior á vosotras.

El sonido de las trompetas y de los timbales ahogaron las sentidas exclamaciones de Juana; el rey salió de la iglesia cifiendo con orgullo todas sus insignias reales, y detras del monarca venian Inés Sorel, el arzobispo, el duque de Borgoña, Dunois, La Hire, Duchatel, y muchos caballeros y cortesanos. El pueblo lleno de entusiasmo daba gritos de *viva el rey, viva Carlos VII*. Las trompetas dejaron de sonar: el rey hizo una seña á los heraldos, los cuales levantando sus bastones reclamaron el silencio de la muchedumbre. Entonces el soberano, dirigiéndose á su pueblo, se espresó en los términos siguientes:

—Mis fieles y buenos vasallos, os doy gracias por el tributo de amor que me consagrais; esta corona que Dios ha colocado sobre mi cabeza, ha sido conquistada con la sangre de mis nobles súbditos; pero pronto será rodeada de frondosas ramas de oliva. Doy gracias á cuantos han combatido por mí, perdono á los que me han resistido, pues el cielo me ha protegido, y la primer palabra de mi monarquía debe ser de proteccion.

Y volviéndose á Juana, continuó.

—Hé aquí á la enviada de Dios que ha roto el yugo de la tiranía estrangera y os ha devuelto á vuestro verdadero rey. Su nombre debe ser venerado como el de San Dionisio, protector del pais.

En seguida habló particularmente á Juana de esta manera.

—Sí, como nosotros, procedes de la raza de los hombres, señala la recompensa que se te debe dar; pero si tu patria está allá arriba, si ocultas bajo la forma de muger los rayos de una naturaleza celeste, muéstrate tal como en el cielo, con tu rostro resplandeciente, para que prosternados te adoremos.

A estas palabras siguió un silencio

general, y todos clavaron sus ojos sobre Juana, la que exclamó de repente.

—¡Dios mío!... ¡Mi padre!

Con efecto, Thibaut había salido de entre la muchedumbre y se había colocado delante de la doncella; el pueblo se manifestó no menos sorprendido con esta escena, y Thibaut habló al pueblo del siguiente modo.

—Si; su padre infortunado, el padre de aquella desgraciada, que lanzado por la justicia de Dios, acaba de acusar á su propia hija.

—¡Qué oigo! exclamó el duque.

Thibaut, dirigiéndose al rey, le dijo:

—¡Crees haberte salvado por el poder de Dios!... ¡Príncipe extraviado! ¡Pueblo ciego!.... ¡¡Habeis sido liberados por los artificios del demonio!!!

Todos lanzaron un grito y retrocedieron con espanto.

—Este hombre está loco, dijo Dunois.

—No, interrumpió Thibaut; no creas que soy un insensato; tú, este rey y este prelado que creen que la potestad divina se ha manifestado bajo la forma de una muger. Ved si en presencia de su padre osará ella sostener la audaz hechicería con que ha engañado al pueblo y á su rey. ¡Respóndeme en nombre de la Santísima Trinidad! ¿pertenece á las potestades puras y santas.

Todos clavaron sus ojos en el semblante de Juana, quien permaneció inmóvil y sin responder.

—Se calla, prosiguió Thibaut, por el poder de este nombre terrible que aun temen las profundidades del infierno... ¡La santa enviada de Dios!.... No; concibió su pensamiento en un lugar maldito; debajo del árbol mágico donde los espíritus malignos se aposentan para tentar á las criaturas; allí vendió su alma inmortal al enemigo de los hombres para obtener una gloria efímera en este mundo. Que descubra su brazo y vereis la señal que le ha impreso el infierno.

—Eso es horroroso, exclamó el duque; y sin embargo puede creerse á un padre que da semejante testimonio contra su propia hija.

—No, respondió Dunois; no deis crédito á un loco, á un furioso.

Ines se dirigió á Juana y le dijo:

—Habla, rompe ese desgraciado silencio; te creemos; tenemos en ti una firme confianza; una sola palabra tuya nos bastará; pero habla; desmiente esa tremenda acusación, declara que eres inocente y te creeremos.

Sin embargo, Juana permanecía inmóvil, é Inés Sorel no pudo menos de alejarse asustada.

Está asustada, dijo La-Hire; la sorpresa y el espanto han cerrado su boca, pero la misma inocencia debe temblar al oír semejante acusación. Reponeos, Juana, añadió acercándose á ella; volved en vos. La inocencia tiene un lenguaje, una mirada victoriosa, que destruye la calumnia; confundid y castigad á los que osan ultrajar vuestra santa virtud con una indigna sospecha.

Pero Juana, á pesar de todo, seguía permaneciendo inmóvil, á punto de que La-Hire retrocedió igualmente asustado, de cuyo movimiento participaron todos los que presenciaron esta escena.

—¿Por qué se asusta el pueblo? preguntó Dunois; ¿por qué tiembla el príncipe? Juana es inocente, lo juro por mi honor, y arrojó el guante en favor de su inocencia, y recójalo el que la llame culpable.

A este tiempo se oyó un espantoso trueno que horrorizó á la multitud, y Thibaut dijo al instante.

—Responde en nombre del cielo que eres inocente; di que los espíritus malignos no albergan en tu corazón.

Pero se oyó un segundo trueno mas fuerte y prolongado que el primero, que obligó al pueblo á huir por distintos lados.

—¡Dios nos proteja! exclamó el duque; ¡Qué señal tan terrible!

—Venid, señor, dijo Duchatel al rey; huyamos de este sitio.

El arzobispo se acercó á Juana y la dijo:

—En nombre del cielo te lo pregunto: ¿es el sentimiento de tu inocencia ó el de tu crimen el que te enmudece? Si la voz del trueno es un testimonio favorable para ti, toma esta cruz y haznos ver que no eres culpable.

El arzobispo presentaba la cruz á Juana, mas esta quedaba inmóvil y sobrecogida de terror; los truenos se reprodujeron, y el rey se retiró seguido de Ines Sorel, el arzobispo, el duque, La-Hire y Duchatel. Dunois se aproximó á Juana y le dijo:

—Eres mi esposa. He creído en ti desde el primer instante, y creo todavía, tengo mas confianza en ti, que en todos estos signos y en estos truenos que nos hablan desde lo alto. En tu

santa inocencia desdeñas rechazar una sospecha tan vergonzosa. Desdeñala, pero confía en mí que nunca dudé de tu inocencia. No me respondas una palabra, dame solamente la mano, en señal de que algun dia vendrás á mis brazos.

Dunois cogió la mano de Juana; pero esta se volvió y aquel quedó inmóvil y sorprendido. Llegó Duchatel y despues Raimundo; el primero habló á Juana de esta manera:



EL ARZOBISPO DE REIMS.

—Juana de Arc; el rey consiente en que dejeis libremente la ciudad; las puertas están abiertas para vos; no temais ningun insulto, pues os protege el favor del soberano. Seguidme conde Dunois, porque no es honroso que permanezcáis aqui mas tiempo.

Diciendo estas palabras se alejó Duchatel, pero Dunois aun cuando mas sorprendido, miró á Juana, pero concluyó por alejarse tambien. Raimundo, viéndola sola, se va poco á poco acercando á ella con timidez, y la obser-

va con dolor mas al fin se adelantó, y cogiendola su mano dice:

—Aprovechad el momento; las calles están desiertas; dadme la mano os conduciré.

Juana entonces, al ver á Raimundo, manifiesta una señal de sentimiento; le mira, alza los ojos al cielo, coge en seguida la mano de Raimundo y parte con él. ¿Dónde iran? Ya lo sabremos.

(Se continuará.)

LA CATEDRA EN EL CAMPO,

O SÓLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

XIII.

MITOLOGIA.

Eran las once de una hermosa mañana, y en la que Ramon y Carolina se manifestaban mas complacidos que tenían de costumbre.

—¿De qué nace vuestro contento, hijos míos? preguntóles su cariñosa mamá.

—¿No te acuerdas, contestó Ramon, que es jueves?

—Sé que es jueves; pero no comprendo, que un jueves pueda contribuir á vuestro singular regocijo.

Pero antes de que los niños pudiesen contestar, entró un criado anunciando, que el padre Mateo estaba en la sala principal.

—¡Ya vino, ya vino! exclamaron con algazara los arrapiezos.

—¿Comprendes ahora mamá? preguntó Carolina.

—Sí: ya he comprendido: ya sé que hoy es el día señalado por el P. Mateo, para visitarnos, desayunarse con nosotros, y para daros algunas explicaciones acerca de la Mitología. Yo me alegro mucho que esto, y no otra cosa, sea el origen de vuestro contento.

La señora, pasó con los niños á la sala y saludaron al venerable sacerdote con la afabilidad que tanto distinguía á aquella honrada familia; al poco tiempo llegó tambien nuestro convaleciente don Casimiro, y despues de algunos cumplimientos, pasaron al comedor donde se verificó el indicado almuerzo, terminado el cual, el venerable fraile reprodujo su oferta, y pa-

sando á un gabinete que prometia todo género de comodidades, se espresó del modo siguiente.

—Nada me complace tanto, como dirigir mi voz á una familia que tan vehementes deseos tiene de instruirse; mi ciencia es muy limitada, pero con todo, de lo poco que sé, no tengo inconveniente en transmitir á vds. una pequeña parte. Han preferido vds. que dé comienzo por la mitología, en su consecuencia, voy á esplicarme.

La *mitología*, es el conjunto de las tradiciones religiosas del paganismo, tradiciones visiblemente emanadas de una primitiva revelacion y comun á todo el género humano, pero que transmitiéndose de pueblo á pueblo, se han alterado, modificado, y por decirlo así, se ha formado con los restos de la historia, de las ficciones de la poesia y de todas las opiniones, de todos los errores que pueden sustentar la ignorancia, la inclinacion hácia lo maravilloso y la corrupcion del corazon. De manera, que aquel que se propusiera llevar todas estas tradiciones ó fábulas á la unidad ó llevarlas á su origen, solo conseguiria oscurecer lo que está claro, sin aclarar lo que está oscuro: pero tomándola tal como existe, el talento mas limitado puede descubrir fácilmente, aun en medio de sus tinieblas, los lazos que la unen á los dogmas de la verdadera religion y á los hechos de la historia, así como al uso que el genio, (conducido por el gusto) puede hacer en provecho de este arte.

La mitología griega, ha sido considerada en todos los tiempos, especialmente con relacion al arte, como un manantial interesante de ideas ingeniosas, de graciosas imágenes y de encantadoras alegorias. No hay duda

que una gran parte de lo *maravilloso* de la antigüedad, se usa hoy, y aun se conceptúa incompatible con el espíritu de la poesía, fuente de las creencias cristianas.

Aunque, según el orden de los tiempos, los griegos y los romanos vienen después de los egipcios, los fenicios y otros pueblos del Asia, nosotros colocaremos la mitología griega y roma-

na en primera línea, y hasta será el asunto principal de mis explicaciones, y me limitaré á dar, como apéndice, algunas nociones respecto á las principales divinidades de los egipcios, los sirios, persas, indios, etc.

MITOLOGIA GRIEGA Y ROMANA.—*Division.*—Conocemos generalmente tres clases principales de dioses: los dioses mayores, los dioses subalternos, los



SATURNO.

semidioses y los héroes. Limitaré esta division haciendo observar de paso, para no retroceder, que entre los dioses mayores se distinguan los dioses *consentes* (es decir, *deliberantes*), que componian el consejo celeste: los dioses *consentes* eran doce, cuyos nombres son los siguientes:

Júpiter, Juno, Neptuno, Ceres, Mercurio, Minerva, Vesta, Apolo, Diana, Venus, Marte y Vulcano.

Para evitar la confusion, no mezclaremos la cosmogonia ni la metamorfosis en la nomenclatura de los dioses. La genealogia de los dioses y sus atributos nos ocuparán primero; la cosmo-

gonia y las metamorfosis vendrán despues bajo el órden seguido por Ovidio.

PRIMERA PARTE. Dioses mayores. El Destino: este Dios era una divinidad ciega é inflexible, nacida del Caos y de la Noche, mandaba á todos los dioses, y por quien todo sucedia en el mundo. Le representaban teniendo bajo sus pies el globo terráqueo, y en sus manos la urna que encerraba la suerte de los mortales. Le ponian tambien una corona rodeada de estrellas y un cetro de hierro, simbolo de su gran poder y de su inflexibilidad.—*Uranus ó Cælus-Tellus ó la Terra*, llamada tambien *Titea*.—*Saturno y Cibeles ó Rhea*. *Uranus ó Cælus*, el Cielo, pasaba por el mas antiguo de los dioses: se casó con *Tellus ó la Tierra*, de la cual tuvo á *Saturno ó el tiempo*, *Rhea*, el Océano y los Titanes. *Uranus*, asustado á la vista de estos últimos, quiso precipitarlos encadenados en el Tártaro; pero *Saturno*, armado de una guadaña que le habia dado su madre, sorprendió á su padre y lo mutiló, y de la sangre de *Uranus*, que cayó sobre la tierra, nacieron las *Furias* y los *Gigantes*.

En seguida *Saturno* se casó con *Rhea ó Cibeles*, su hermana, y sucedió á *Uranus*, con perjuicio de *Titan*, el mayor de sus hermanos: se convino, sin embargo, entre los dos hermanos que *Saturno* no educaria ningun hijo varon con objeto de asegurar por este medio la herencia del trono á los hijos de *Titan*. *Saturno*, fiel á su promesa, devoraba á sus hijos en el momento que nacian.

No obstante, su muger logró salvar á tres, que fueron: *Júpiter*, *Neptuno* y *Pluton*. Algun tiempo despues, *Titan*, habiendo sabido la existencia de los tres jóvenes dioses, declaró la guerra á su padre, le venció y le encerró en una estrecha prision; pero *Júpiter*, cuando llegó á ser hombre, vengó á su padre y le restituyó el trono, y *Saturno*, olvidando este beneficio, le declaró *Júpiter* la guerra á su vez, y le echó del cielo.

Saturno, desterrado, se refugió en Italia. *Jano*, que reinaba entonces en este pais, le recibió con bondad y di-

vidió el trono con él. *Saturno* se ocupó en civilizar los pueblos salvages de Italia, hizo que floreciese la paz y la abundancia, y quiso que el pais donde habia encontrado un asilo, llevase el nombre de *Latium* (*latere, ocultarse*). Esta epoca de honor y de inocencia, se designa bajo el nombre de edad de oro. En recompensa de su hospitalidad, *Jano* recibió de *Saturno* el don maravilloso de recordar lo pasado y prever el porvenir.

Representan á *Saturno* bajo las formas de un anciano con una guadaña y un reloj de arena, para demostrar que el tiempo lo destruye todo y que transcurre sin interrupcion. En un principio le sacrificaban victimas humanas; en cuanto á *Cibeles* su muger, que tambien se llamaba *Ochea Ops*; algunas veces *Vesta* la Buena diosa la Madre de los dioses, la representaban bajo la figura de una muger robusta y poderosa y teniendo su cabeza rodeada de torres.

DIOSSES MAYORES CONSENTES.—*Júpiter*. *Júpiter* era el dios soberano: despues de haber hechado del cielo á *Saturno*, su padre, dividió el imperio del mundo con sus hermanos; dió á *Neptuno* las aguas, á *Pluton* los infiernos, y él se reservó el cielo. El principio de su reinado fué turbado por los Gigantes, hijos de la tierra, que pusieron montañas sobre montañas y tentaron escalar el cielo. La mayor parte de los dioses, asustados, huyeron á Egipto, y se ocultaron tomando distintas formas de animales; pero *Júpiter* no se intimidó, y lanzando sobre ellos todos sus rayos, los precipitó en el Tártaro ó los sepultó debajo de las mismas montañas que habian colocado. Los mas temibles de los gigantes, eran *Tifon*, *Tifoe* Titio y *Encelado* que fué enterrado bajo el Etna, de donde vomitaba sin cesar llamas contra el cielo.

Júpiter tuvo poco despues otro nuevo motivo de pesar. *Prometeo*, hijo del Titan *Japet*, queriendo imitar á *Júpiter*, formó un hombre del polvo y de la tierra, y robó el fuego del cielo para animar su obra; *Júpiter*, irritado por semejante audacia, encargó

á Vulcano que encadenase al Titan en el Cáucaso, donde un buitre le devoraría las entrañas poco á poco durante el largo periodo de treinta mil

años; pero á los treinta, Hércules mató al buitre y salvó á Prometeo de tan horrible suplicio.

Los demas dioses vieron con alegría



PROMETEO.

que Júpiter quisiese atribuirse solo el derecho de crear á los hombres: formaron de concierto una muger, á la que cada dios ó diosa hizo un don particular. Minerva le dió la sabiduría, Venus la belleza, Apolo el conocimiento de la música, Mercurio la elocuencia, y las Gracias terminaron la obra de los demas dioses. Recibió el nombre de *Pandora*, es decir, *conjunto de todos los dioses*. Sin embargo, Júpiter que no le habia dado nada, le dió el presente de una caja misteriosa, con orden de presentarla á aquel que se casara con ella. Dispuso en seguida que la llevasen á Prometeo; mas este, que desconfiaba de Júpiter, no quiso recibir ni á Pandora ni la caja; pero su hermano, *Epimeteo*, seducido por la belleza de Pandora, se casó con ella, y abrió la caja fatal, de donde salieron todos los males que desde entonces no han cesado de

desolar la tierra: solo quedó en el fondo la esperanza.

Júpiter, habiendo llegado á ser el esposo de Juno, su hermana, no dejó por eso de amar á una infinidad de bellezas, y no habia medio que no emplease para seducirlas ó robarlas.

Era adorado de la mayor parte de las naciones. Sus mas famosos oráculos son los de Dodona, Libia, y la entrada de Trifonio en Beocia. Le representan con aspecto magestuoso, una bärba crecida, sentado en un trono, teniendo en su mano derecha el rayo y en la izquierda un cetro, y apoyando sus pies sobre un águila con las alas abiertas. Con un signo de cabeza hacia temblar el cielo y la tierra.

Juno, hermana y esposa de Júpiter, era adorada como la reina del cielo: protegía el amor conyugal: el ave favorita de esta diosa era el pavo real,

simbolo de la hermosura, de orgullo y de imperio: el arco iris era su mensajero.

Neptuno, hermano de Júpiter, obtuvo en la repartición el imperio de

los mares; le dan por esposa á *Anfitrite*, hija de *Nereo* y de *Doris*, del cual tuvo muchos hijos: los mas célebres son los *Tritones* y las *Harpías*. Representase á Neptuno en una carroza



JUPITER.

en forma de concha, tirada por caballos marinos, y llevando en su mano un tridente.

Los Tritones, medio hombres y medio pescados, preceden al carro de Neptuno, y anuncian la presencia del dios al son de su caracol marino: las Harpías suscitaban los vientos, las tempestades y las enfermedades pes-

Entre los demas dioses marinos á que Neptuno mandaba en calidad de rey de los mares, se contaba el *Océano*, hijo del Cielo y de la Tierra, y *Tetis* su esposa (que es necesario no confundir con la ninfa *Tetis*, madre de Aquiles); *Nereo* y *Doris*, hijo del Océano y de *Tetis*; *Proteo*, guardián de los rebaños de Neptuno, que tenia el privilegio de tomar todo género de

formas y que predecia el porvenir. *Eolo*, rey de los vientos y de las tempestades, las *Occéanidas* y las *Nereidas* etc.

Céres, hija de Saturno y de Rhea, era la diosa de la agricultura; ella enseñó á los hombres el arte de cultivar la tierra y de sembrar el trigo. Las fiestas instituidas en honor suyo se llamaron *Eleusinas*, cuyo nombre está tomado de la ciudad de Eleusis; es-

las fiestas consistian en misterios á los cuales no se admitia mas que á los iniciados, siendo un sacrilegio su revelacion; el culpable era condenado á muerte. Se representa á *Céres* bajo la forma de una hermosa muger coronada de espigas, teniendo en una mano la hoz, y en la otra un manojito de espigas.

(Se continuará).

APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.



(CONTINUACION).

Podia leer las cartas de mi madre; mas esto no llenaba mi deseo, y aunque muy dichoso de este resultado, no me contentaba; queria escribirle tambien, comunicarle mis ideas y mis sentimientos, los pesares que su ausencia me causaba. Frecuenté, pues, con mas asiduidad que nunca la escuela del maestro Tapeta, y merced á sus cuidados y á mis buenas disposiciones; quince dias despues de haber leído la carta de mi madre pude escribirle: mis caracteres eran todavia bien informes, sin duda, y de un tamaño que podrian leerse fácilmente sin necesidad de microscópio, pero se entendia todo; di gracias á mi madre por sus tiernas cartas, y puse en su conocimiento que las habia leído con un placer extraordinario, y la rogaba que me escribiese á menudo, haciéndole saber al mismo tiempo, que por el grande cariño que la tenía habia aprendido á leer en seis semanas, y á escribir en poco mas de dos meses. Mi corazon palpitaba de gozo pensando el que experimentaria mi madre con esta carta, y me creia feliz por haber hecho alguna cosa en obsequio suyo.

La respuesta de mi madre, donde se veia su esquisita ternura, fué para mí, la mas dulce y preciosa recompensa; sentí desde este momento que obtendria de mi cosas milagrosas el dia que me pidiese algo en nombre de su amor.

Perico se acercó otra vez á mí prometiéndome no volver á atormentar á Teresa, y por esta promesa, le volví mi antigua amistad; me hice amigo tambien del hijo de un viñero de la vecindad; este nuevo camarada se llamaba Geromo; muchacho astuto para saberse retirar en los momentos del peligro dejando á los demas espuestos á él.

Un dia proyectó hacer *novillos ó rabona* en la escuela, para ir á la viña de un vecino y quiso que Perico y yo le acompañásemos; pero ¿cómo sustraerme á la vigilancia de madama Victorina que me llevaba todos los dias hasta la puerta de la escuela, y no me dejaba sino despues de haberme entregado al maestro? Geromo encontró facilmente la manera, que consistia en pedir licencia para salir bajo el pretexto de satisfacer una necesidad natural, saltar las tapias del corral que daba á la calle y llegar al escondite donde Perico y Geromo me estarían esperando. En cuanto á ellos la cosa no presentaba dificultades puesto que venian solos á la escuela.

—Pero el maestro Tapeta, dije, conocerá al instante mi ausencia, se lo dirá á mi tío y me castigará severamente.

—¡Bah bah! respondió Geromo; si ha bebido no lo conocerá... y aun cuando lo conozca, ¿crees que será tan bobo que se lo diga á tu tío?

—¿Porque?

—¡Toma! ¡miste que pregunta! porque temerá que tu tío le riña por haber faltado á la vigilancia que debe tener, y esto le incomodaría, por que tú solo pagas tanto como diez, de sus mejores discípulos.

Se vé que los discípulos conocían perfectamente el fondo de su maestro: además consideraban como *mejores discípulos*, no á los que trabajaban bien y se conducían con rectitud, sino á los que pagaban mas.

Por mi parte estaba conforme con su opinión, porque con mucha frecuencia habia oido recomendar á mi padre el mérito del dinero, y juzgá que el maestro Tapeta debía tenerme consideraciones, es decir, ser conmigo mas indulgente que con los otros. Este pensamiento, lo confieso, me decidí mas que todo, y prometí acompañar á mis buenos camaradas.

Ejecuté á las mil maravillas cuanto me impuse y me impusieron, y hétenos á los tres corriendo por el campo, y escurriéndonos en las viñas donde la uva apenas estaba madura, é ingeniándonos cuanto podíamos para producirnos diez indigestiones en vez de una. Ignoro si mis compañeros tuvieron un completo placer en la *rabona*; por mi parte no le tuve, pues la conciencia me remordía á cada instante, haciéndome ver mi falta: oía incesantemente una secreta voz, que me decía... «¡ldefonso, la acción que cometes no es buena, engañas á tus parientes y á tu maestro: en fin, el fruto que comes lo hurtas, pues no es tuyo y eso es un robo». Pase el correr por el campo para gozar de una libertad usurpada, aunque no esté bien echo... pero probar! Apenas penetró en mi alma este pensamiento, cuando arrojé horrorizado el último racimo que tenía en la mano resuelto á no coger ya ni una

uva. Mis camaradas lo vieron y se echaron á reir.

—¡Calla! dijo Pedro, ¿no te gustan? pues á mi sí; ¡carambita y que *retesabrosas* son las ubas del tío Durotano!

—A mi tambien me gustan mucho, añadió Geromo arrancando otro racimo.

—Yo no las dejo de comer porque no me gustan, dije, sino porque esto no es mio; ni me lo han dado, ni lo he pagado.

—¡Bah! ¿que escrupuloso eres! ¿Pienas que el tío Durotano no habrá comido uvas sin permiso de su dueño cuando tenía nuestra edad?

—Y además, dijo Perico, ¿crees tú que los racimos que manducamos echará á perder la vendimia de este año?

—No; pero si todo el mundo dijese y ejecutase lo mismo, el tío Durotano es seguro que no vendimaría.

—Bueno, pero únicamente nosotros tocamos á su viña... Vamos pues, perezooso; ¡cuando yo te digo que todo el mundo hace otro tanto y que no hay mal en ello!

Mas á este tiempo distinguió Perico la copa del sombrero de un guarda.

—¡Huig!... agachaos, dijo á media voz; pronto, pronto, que hay peligro.

—¿Qué peligro puede haber, le dije en voz baja, cuando estamos los tres casi tendidos en el suelo.

—¡Chist... callate! respondió bajando mas la voz. ¿No oyes pasos?

—Sí... ¿y qué?

—Es el guarda, el tío Matutino; yo le conozco; un viejo mas malo, que si nos pilla nos zampa en la cárcel.

—¿Porqué?

—No seas tonto, dijo Perico, alzando las espaldas y echando una mirada de inteligencia á Geromo.

—Explicaselo, Perico, dijo el otro.

—Sí, contesté yo con obstinacion; explicame eso, ¿porqué nos llevaria á la cárcel el tío Matutino?

—Porque cogemos el fruto ajeno.

—¿Esta prohibido?

—¡Qué tonto es este chico, Dios mio! repuso Pedro impacientado.

—Si decias hace poco que esto no importaba nada.

—Sí: esto no importa nada ¡entien-

des? pero importa algo á los demas: ¿comprendes ahora la diferencia? ¿no? pues entonces no comprendes nada; eres un bolo.

Lo cierto es, que no entendia los embrollos que empleaba Perico para tranquilizarme; yo no veía claro mas que una cosa, que era, que si el guarda nos cogia tenia derecho para llevarnos presos, y probablemente para sacarnos una multa. Esta observacion me confirmó en mi buena resolucion, y no quise comer ya ni una uva; si me hubiesen obligado á ello hubiera dejado á mis compañeros, y me hubiera marchado á la escuela á riesgo de sufrir la cólera del maestro Tapeta. Lo restante del dia trascurrió tristemente para mí, porque nadie es feliz, aun en medio de los goces con la conciencia intranquila.

Cuando calcularon, mirando al sol, que ya eran las cinco, se dirigieron á sus casas, y me aconsejaron que fuese á esperar á mi aya emprendiendo el camino que conducia á la escuela.

Pero desgraciadamente eran ya las cinco y media; la escuela estaba cerrada; Perico se habia equivocado en media hora: ¿qué debía hacer? me encontraba solo en la calle, mirando la puerta de la escuela con la boca abierta, casi haciendo pucheros y no sabiendo qué resolucion tomar: ya comenzaba mi castigo: despues de haber pasado cerca de una hora en una expectativa sin objeto, me decidí á emprender el camino de la quinta. Llego y hallo la verja cerrada, llamo y no me responden; sentí ya que las lágrimas se asomaban á mis ojos: solo á la tercera vez el tío Rosiñon, el portero, se asoma á su ventana y me grita con voz áspera: «¿Quién llama? ¿Adonde va vd?... no se abre aqui á los vagabundos:» en seguida cerró la ventana y me dejó en el silencio y la soledad.

—Yo no soy vagabundo, respondi llorando; soy Ildefonso, Ildefonso Barriento; bien lo sabe vd., tío Rosiñon: ábrame vd., yo se lo suplico, ábrame vd.

Y hablando de este modo lloraba, pero mi voz y mi suplica se las llevo el viento: nadie me respondia.

Viendo lo inútil de mis esfuerzos por este lado, me dirigí hácia las cuadras, que tenían una puerta pequeña que daba al campo, y llamé tambien.

—¿Quién? gritó la ruda voz del cochero.

—Yo, Juan, soy yo.

—¿Quién es vd? yo, no es un nombre.

—Yo, Ildefonso, ya vd. lo sabe.

—¿Qué Ildefonso? conozco á cinco que tienen el mismo nombre.

—Ildefonso Barriento, el sobrino del general.

—Eso no es posible; en ese caso vendria vd. con su aya y no tendria necesidad de llamar á la puerta de las cuadras... vd. no es mas que un embustero que procura enternecerme para lograr una guarida para pasar la noche; fuera, fuera, vagabundo; aqui no se recibe á esa clase de gentes.

—Juan, mi buen Juan, yo te suplico que me abras; yo te contaré lo que me ha pasado; ya sabes que nunca te hice rabiár, y tú manifestabas tenerme cariño.

—Escúcheme vd., dijo Juan, poniendo la boca en el ojo de la llave: es verdad que yo le tengo cariño, pero no puedo desobedecer al general; me ha prohibido abrirle, bajo pena de ser expulsado: si sabe solamente que le digo á vd. esto, se pondrá furioso; pero yo me compadezco de vd., señorito, y no quiero que pase la noche al cielo raso. Pida vd. hospitalidad al tío Duronquer; si vd. le confiesa ingenuamente su falta, él es bueno y ayudará á repararla.

—Gracias, mi buen Juan; voy á seguir tu consejo; pero es muy cruel ir á pasar la noche en casa de un extraño y en una pobre cabaña, cuando yo tengo una habitacion tan bonita y una cama tan blanda.

—¿Qué quiere vd? el que ama el peligro, en él perece.

—¿Qué responder á esto?... Nada: era justo. Comprendí que el maestro Tapeta habia dado parte á mi tío de mi escapatoria, y ademas sabia que este seria conmigo inflexible; pero lleno de tristeza tomé el camino que conducia á la casa del tío Duronquer.

Teresa estaba sentada en el umbral de la puerta ocupada en remendar unas medias de su padre, y al verme soltó su labor y salió á mi encuentro.

—¿Eres tú, Ildefonso? ¡Qué dicha! ¿Dónde está tu aya?

—¡Mi aya! ¡ay! Bien tranquila está en su cuarto, y sin duda se prepara á acostarse en una buena cama.... ¡Qué dichosa es!

—¿Por qué hablas de ese modo? Parece que estás llorando.

—No te engañas, porque he llorado, y si no me reprimiera, llorara mas todavía.

—¿Qué te ha sucedido?

—Me han dejado á la puerta de la quinta, mi tío ha prohibido á todo el mundo que se me abra.

—¿Has enojado á tu tío?

—Sí, Teresa, sí; he cometido una falta, sé que he hecho muy mal, y esta idea me atormenta incesantemente.

Entonces conté de cabo á rabo la historia de mi fuga de la escuela, mis escursiones por las viñas, mi regreso, y lo que me habia pasado. «Si tu papa no me recibe esta noche, me verá precisado á dormir en el campo,» añadí no pudiendo ya contener mi llanto.

—Padre te recibirá, Ildefonso; yo estoy segura de eso; pero es preciso referirle lo que has hecho.

—Bueno, Teresa; pero evítame ese trabajo, dile lo que te he contado, y añade, que estoy muy arrepentido y que no lo volveré á hacer.

Teresa ejecutó mi comision, y abogó por mi causa con todo el calor que podia inspirarle su buen corazon. Desde fuera, pude oír la voz y las objeciones que le hacia su padre, y no me pareció que la cosa se presentaba tan fácil como yo lo habia esperado; en fin, su muger, uniéndose á Teresa para interceder en mi favor, convencieron al tío Duronquer que vino á buscarme á la puerta, donde yo me habia quedado avergonzado y sin atreverme á entrar.

No puedo esplicar cuanta fué mi humillacion durante este coloquio, y cuanto sufrió mi amor propio; yo el hijo de un abogado muy rico, el sobri-

no de un agente de cambio millonario, el sobrino de un general, senador del reino, reducido á implorar un asilo como el último mendigo. He aquí donde me condujo la desobediencia: la escasa satisfaccion de verme un dia independiente, me ponía en la dependencia de un pobre jornalero. ¡Oh! aseguro á vds. que era grande mi abatimiento, y que prometí no volver á esponerme á semejantes humillaciones: sin embargo, no habian terminado todavía.

El padre de Teresa tenia una cara tan triste como severa.

—Vd. ha cometido una grande falta, me dijo, y no sé si hago bien en recibirle ó en dejarle fuera como ha querido el general; es conveniente dejar que los niños adquieran esperiencia á su costa, pero mi Teresa me ha implorado socorro hácia vd. en nombre de la proteccion que vd. le concedió cierto dia contra un niño malo; no quiero privarla de este medio de mostrar su agradecimiento: entre vd. en mi casa por esta noche, y mañana pensaremos lo que conviene hacer para reparar la falta de vd. y apaciguar la justa cólera de su tío de vd. Debo prevenirle, que no tengo mas que una cama de paja que ofrecerle y un rincon en el granero; vd. verá si esto no le agrada; en cuanto á la cena, se compondrá como la nuestra; de una cazuela de sopas y de un pedazo de pan con manteca de cerdo.

Yo no era gastrónomo, y sin embargo la perspectiva de la cena que me ofrecían no me sedujo mucho; pero como no habia comido nada desde el medio dia, mas que las uvas verdes, mas á propósito para excitar la hambre que para satisfacerla, obedecí á la voz de mi estómago que me decia, que mejor queria cenar así que no cenar nada. Di gracias, aceptando la sopa y la manteca de cerdo del tío Duronquer, pero no sucedió lo mismo respecto á la cama de paja, y me rebelé interiormente contra la idea de verme acostado como un perro, é hice sin duda un gesto bastante significativo, porque Teresa me comprendió, y mirando á su padre con ojos suplicativos le dijo,

—¿Cómo quiere vd. padre, que Ildefonso se acueste sobre la paja; estará muy dura, no está acostumbrado, yo he visto su cama; ¡si vd. supiera lo muelle y lo bonita que es!

—Bueno; si Ildefonso, no hubiera sido un vagabundo, hubiese vuelto á encontrar su cama muelle y bonita; el que quiere la vida vagabunda es preciso que sufra sus consecuencias.

—Pero, padre, si está arrepentido: ha prometido no volverlo á hacer.

—¿Y que le puedo yo remediar? ¿Tengo por ventura camas reservadas? Le ofrezco lo que tengo.

—Pero, padre, si vd. quisiera, yo le cedería mi cama por esta noche, yo no soy egoísta, vd. lo sabe, y no voy á dormir tranquila si Ildefonso duerme mal.

—¿Cáspita! Esa es cuestión de vds. dos: si él acepta tu proposición no me opongo á que la pongas por obra.

Esa palabra despertó todo mi orgullo, comprendí que era bochornoso aceptar el sacrificio de esta buena chica y la dije llorando.

—No, Teresa, yo no quiero que tú te acuestes sobre la paja. ¿Por qué has de sufrir el mal que no has merecido? Yo me creo muy dichoso si tu padre me concede un abrigo por esta noche.

Estas palabras agradaron sin duda

al tío Duronquer, pues vi pintada en su semblante la mas viva satisfacción. Comprendí que habia obrado bien, y este pensamiento contribuyó á darme nuevo valor: algunas palabras del padre de Teresa acabaron de fortificarme en mi nueva resolución.

—Me gusta lo que acaba vd. de decir, añadió poniendo su mano sobre mi hombro: si, es preciso acostumbrarse desde temprano á sufrir con resignación las consecuencias de nuestra conducta: es una especie de espionaje que nos reconcilia con nosotros mismos, que nos fortifica contra la tentación y nos enseña á no caer en ella.

—Sin embargo, padre, murmuró Teresa.

—Pero hombre.... objetó su madre.

—No, interrumpió con energía el labriego; no escucho á vds., no quiteis á este niño el mérito de su buena inspiración: además no se morirá porque duerma una noche sobre la paja, pues hay muchos desgraciados que se creerían felices con lograr otro tanto; en fin, es preciso que un hombre sea hombre y aprenda á sufrir desde la infancia: hoy es rico, ¿quién sabe si lo será mañana? es muy útil conocer por experiencia ciertas privaciones, á fin de no padecer mucho cuando se presenten.

(Se continuará)

HOMBRES CELEBRES.

CONFUCIO.

Floreció Confucio cerca de 550 años antes de Jesucristo, enseñó reglas de moral y varios dogmas religiosos. Se le atribuye á Zoroastro, y hasta cierto punto á Moisés, ejerció en su tiempo y en los siglos siguientes un gran influjo: todavía al presente merece la veneración de los chinos y el aprecio de otras muchas naciones. Fué de estirpe real, y desempeñó un empleo distinguido en el reino de Lee (su país nati-

vo), el cual se unió después al imperio chino, y se conoce ahora entre sus provincias con el nombre de *Shang-Tong*. Fuéle contrario el rey, y se vio precisado á renunciar su empleo, y trasladarse al reino de *Sum*, en donde se dedicó á predicar la moral. Siguió una vida moderada y adquirió un distinguido renombre por su sabiduría. No intentó destruir arrebataadamente lo que existía, ni dominar á los hombres por medio del engaño, sino esparcir máximas sencillas de virtud y prudencia. Abrió su cátedra en la corte y otras ciudades principales. Tuvo mu-

chos oyentes, y llegó á fundar una secta numerosa, que todavía existe en China y Cochinchina. Se ignora cuáles fueron á punto fijo sus verdaderas opiniones religiosas, ni si enseñó una secta del todo nueva ó se limitó á de-

purar la que habia en su tiempo. Parece indudable que enseñó la inmortalidad del alma, y que favoreció y aun propago la creencia del fatalismo, la adivinacion y la adoracion de ciertos espíritus tutelares, encargados de



CONFUCIO.

cuidar los elementos y las sociedades humanas. También parece cierto que recomendaba á sus discípulos la reverencia y aprecio á sus mayores. Aquella parte de su doctrina, que prescribe reglas para el gobierno de la vida, y encierra preceptos generales en la práctica, son mejor conocidos. Recomendando con eficacia la benevolencia hácia todos, la justicia, la resignacion, la honestidad y la observancia de las costumbres estable-

cidas, como medio muy propio para conservar la concordia y la mutua correspondencia de los hombres. Manda tener respeto á los ancianos; corregir las nacientes pasiones de los niños, y templar el ardor de los jóvenes. Enseña á los súbditos cuáles son las virtudes domésticas; y da reglas á los que mandan para obrar con justicia y humanidad. Alaba la amistad, y recomienda el perdón de las injurias. Como legislador es menos digno de

alabanza. Dió tanto ensanche á la patria potestad, que concedió al padre derecho de vender á sus hijos como esclavos. Se vale para esto de un sofisma, y es que si el hombre puede venderse á sí mismo, también puede hacerlo el autor de su existencia. Erró, considerando aislada la política, y sin relacion con la moral, sin duda porque estaba satisfecho con los preceptos separados que había dado sobre esta ciencia. La profunda estimación que profesaba á los antiguos legisladores de su país, le impidió tal vez entender mas detenidamente sus especulaciones sobre las leyes; y contento con las decisiones de aquellos hombres célebres, se gloriaba en llamarse su discípulo. Alaba mucho el matrimonio y recomienda la agricultura. Aunque no desaprueba el comercio, le es menos favorable. De las obras que se le atribuyen, la mas importante es la que se titula *Shan-Shu*; pero no se sabe á

punto fijo qué partes de ella compuso, ni cuáles se le han atribuido despues. Si se comparan entre sí á Mahoma, Zoroastro y Confucio, se verá que Mahoma sobresale como fundador de una secta, Zoroastro como legislador, y Confucio como moralista. J. Marshman tradujo al inglés las obras que corren con el nombre de este hombre célebre, y las imprimió en 1809. Entre los discípulos de Confucio, el principal es *Meng-Tseu*, el cual nació diez años despues de Sócrates, y murió á los 48 años de su edad. Puso en orden las obras de su maestro, y escribió una serie de conversaciones sobre la filosofía moral. Como Sócrates, establece el sistema de esta ciencia sobre bases puras. Su libro se ha traducido al latín y al francés, y forma con el de Confucio la célebre coleccion de obras escogidas que se publicó en Paris con el titulo de *Panteon literario*.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL ESCLAVO.

(Conclusion).

§ VI.

Toda la noche transcurrió en medio de estas intimas conversaciones; vino el sol del siguiente dia, y Norva pensó en volver al palacio de su ama; el niño obtuvo el permiso de acompañarla.

Ambos bajaban por el monte Celio cuando distinguieron un gran numero de esclavos conducidos por un liberto, á cuyo aspecto Norva se detuvo sobresaltada.

—Son mercenarios de Metela, dijo.

Los esclavos acababan de conocer á la madre de Arvins; corrieron hacia ella y la cercaron.

—Ya estás en nuestro poder, dijo el liberto.

—¿Qué me dais á entender? preguntó Norva.

—¿Te has fugado del palacio de tu ama?

—Si vuelvo á él; ¿no lo veis?

El liberto soltó una risotada.

—Todos los esclavos que se fugan dicen otro tanto, continuó; atad sus manos y llevémosla.

Norva quiso entrar en esplicaciones, pero la impusieron silencio; Arvins quiso también justificarla, pero no consiguió nada á pesar de sus esfuerzos.

—¿Pero qué vais á hacer? preguntó el niño asustado.

—¿No sabes lo que les espera á los esclavos fugitivos? A fin de que no se pierdan otra vez, se les hace una marca en la frente con un hierro ardiendo.

Arvins lanzó un grito.

—Imposible! exclamó; yo veré á vuestra ama, me echaré á sus pies.

—Si la molesta, puede imponerte

el mismo castigo, interrumpió el liberto.

—¡A mí! exclamó el niño.

—Puede hacerlo pagando á Corvino el daño que le haya causado. ¿Olvidas que un esclavo no es otra cosa que un objeto cualquiera que tiene precio? Si se echa á perder ó se rompe, se paga á su dueño, y todo está concluido.

—Déjame, déjame, exclamó la madre espantada.

Pero Arvins no la escuchaba, y llegaron juntos á la residencia de Metella. La cortesana no había entrado todavía, y avisaron al mayordomo que acudió para ver de lo que se trataba. Arvins quiso suplicarle, pero fué rechazado con rudeza.

—¿No hay ningún medio desalvar á mi madre? preguntó el niño desesperado.

—Cómprala, respondió el mayordomo con ironía.

—¿Comprarla? repitió Arvins. ¿Puede un esclavo comprar á otro?

—¿Quién lo duda?

El niño se acordó entonces que algunos de sus compañeros tenían á sus órdenes esclavos que entregaban á los trabajos mas rudos y groseros; pero ignoraba que hubiesen sido comprados con su *peculio*.

—¿Cuánto será necesario dar para libertar á mi madre? preguntó el niño temblando.

—Tres mil sestercios.

El niño cruzó sus manos con desconsuelo, y murmuró:

—No tengo mas que dos mil.

Pero una palabra iluminó de repente su pensamiento. Muchos de sus compañeros tenían un *peculio*, y no se negarian tal vez á prestarle cada uno algunos ases, y de esta manera conseguiria reunir la cantidad que le faltaba; llamó al mayordomo que se retiraba, y le dijo con voz suplicante:

—Pronto vendré con los tres mil sestercios; prometeme que suspenderéis el castigo.

—Te doy de tiempo hasta la cuarta hora.

Arvins dió las gracias y abrazó á su madre llorando, y partió. Corrió pri-

mero á buscar su *peculio*, que contó de nuevo, y vió que efectivamente le faltaban los mil sestercios para completar la suma que le habían pedido. Bajó al aposento de los esclavos para implorar su auxilio, pero no encontró á ninguno; había un grande trastorno en casa de Corvino; perseguido por los prestamistas, cuyos anticipos usurarios habían anticipado su ruina, el joven patricio acababa de abandonar su residencia que invadieron los agentes de la justicia romana. Algunos carteles puestos en las paredes contienen la copia del edicto del magistrado, y anuncian la venta de todo lo que había pertenecido á Corvino. Los administradores del tesoro de Saturno que debían presidir la venta, acababan de llegar, así como el *tesorero* encargado de recibir el precio de los objetos. Acabóse el inventario de los bienes de Corvino.

En este momento se presentó Arvins con su dinero en la mano. Uno de los acreedores, delegado por los otros para presidir la venta, lo vió.

—¿Qué llevas ahí? preguntó al niño.

—Mi *peculio*, respondió Arvins.

—¿A cuanto asciende?

—A dos mil sestercios.

—Ayudarán á la liquidacion de Corvino, dijo el romano, que alargó la mano hacia el vaso en que Arvins había depositado sus ahorros.

—Este dinero es mío, dijo el niño negandose á entregarlo.

—Pertenece á tu amo, esclavo, respondió el acreedor. Tú no poseses nada tuyo, ni aun tu vida. Entrega, pues, estos dos mil sestercios ó teme el castigo.

—¡Nunca jamás! exclamó Arvins estrechando su tesoro contra su pecho, este *peculio* lo he economizado yo sufriendo hambre y privaciones; á costa de mi sueño; le tengo destinado para rescatar á mi madre; mi madre que sufre hoy el suplicio de los fugitivos si yo no llevo á su dueña tres mil sestercios. ¡Ah! no me quitéis este dinero, ciudadanos, si no por justicia, al menos por piedad... Vosotros tendréis madres tambien... por compasion, yo os lo ruego de rodillas.

El joven celta cayó á los pies de los tesoreros de Saturno y del acreedor. Este se mostró indiferente á los clamores del niño, é hizo una señal á los heraldos encargados de anunciar la venta, los cuales se acercaron á Arvins y le quitaron los dos mil sesteracios á pesar de la resistencia, de las amenazas y de los gritos del pobre joven, demasiado débil para resistir á hombres tan forzados.

Levantóse cubierto de polvo y loco de rabia; sus ojos buscaban un arma de que pudiera servirse; los heraldos le cogieron riéndose, le arrojaron fuera del patio y cerraron la puerta.

Arvins comenzó á llamar á ella enfurecido con la cabeza y los puños, como si él mismo hubiese querido castigar su imprudencia; en este momento sintió que una mano tocaba sus hombros. Se volvió, era Nafel.

—¿Qué tienes, niño, le preguntó.

—¡Mi madre! exclamó Arvins, cuya voz ahogada por la cólera y los sollozos no pudo expresar otra palabra.

El armenio trató apaciguarle con dulces palabras y le dijo que le contara lo que había pasado.

—Consuélate, le dijo el armenio; yo conservo mi *peculio* de cuatro mil sesteracios y te lo doi.

Arvins retrocedió sorprendido no queriendo creer lo que oía.

—Ven, añadió Nafel; yo los he depositado en casa de un hermano de la vía Suburana; vamos á pedirselos.

El joven celta quiso balbucear las gracias, pero el armenio le impuso silencio.

—El bien que se pueda hacer á nuestros semejantes redunda mas bien en provecho del bienhechor, que en el del favorecido, continuó, pues este no recibe mas que un socorro terrestre, al paso que el otro adquiere un derecho á las felicidades eternas.... no me des gracias y sígueme.

Ambos pasaron á casa del depositario; pero estaba ausente; fué preciso esperar mucho tiempo: era horrible la angustia de Arvins, y temblaba temiendo llegar demasiado tarde.

En fin, el judío que guardaba el *peculio* de Nafel entró; entregaron al jo-

ven celta los cuatro mil sesteracios, quien se dirigió corriendo al palacio de Metela.

Al pasar por delante de la basilica de Julia, levantó la cabeza; el *clepsidrose* señalaba la cuarta hora, y Arvins sintió que se helaba su corazón. Empezó de nuevo su carrera con arranque desesperado, atravesó el Foro, y divisó en fin, la puerta de Metela.

En el instante en que pisaba el umbral resonó un grito horrible y el niño vacilando se apoyó contra la pared.

—Llegas tarde, le dijo Morgan, que le esperaba á la entrada.

—¿Dónde está mi madre? ¿dónde está?... exclamó Arvins.

El viejo celta le cogió de la mano sin responderle y le condujo hacia el patio.

Estaba lleno de esclavos que hablaban á media voz. El corrector estaba de pie al lado de un escalfador encendido; y Norva inclinada á sus pies.

Arvins se precipitó hacia ella tendiendo sus brazos, pero apenas vió á su madre, cuando lanzó un profundo grito; una nube cubrió sus ojos, temblaron sus piernas y cayó desmayado al lado de su madre.

§. VII.

Dos horas despues, Norva estaba tendida y casi moribunda sobre la estera que le servia de cama, con sus dos manos puestas sobre las de su hijo, cuyo nombre repetia en medio de sus dolores; Morgan, con la cabeza baja y los brazos cruzados permanecía de pie al lado de estas dos criaturas.

La pobre madre que observó que tenia á su lado á Arvins, contuvo sus quejas, y hasta procuró sonreír pero esta misma sonrisa heleba su corazón. Tenia su frente envuelta con una venda de algodón, á traves de la cual se veia su sangre requemada; sus párpados estaban hinchados por el dolor, no podia abrir los ojos, y respiraba con dificultad.

Arvins, abismado en su desesperación reprimia sus sollozos temiendo aumentar con ellos los sufrimientos de su madre; pero en el poco tiempo que habia transcurrido, su semblante ha-

bia adquirido todas las señales de una larga enfermedad. Inclinado sobre la estera de Norva observaba con ojos espantados, interrogaba su palidez y escuchaba su dificultosa respiración.

De pronto estendió Norva los brazos é hizo un esfuerzo para incorporarse.

—Arvins, balbuceó; ¿dónde estás hijo mío?... Tus manos; ya no siento tus manos.... ¡Oh! pónlas sobre mi corazón: no te separes de mí; Arvins.... ¡Pobre niño!...

Y su cabeza cayó sobre el hombro de su hijo, á lo cual medió un instante de silencio.... Arvins no se determinaba á mirar á su madre.

—¡Madre mía! exclamó al fin con voz ahogada.

—Se ha reunido con Menru; dijo Morgan.

El niño alzó bruscamente la cabeza de Norva, pero esta cabeza cayó insensiblemente é inanimada.... ¡Arvins era huérfano!

No nos detendremos en pintar su desesperación. En el primer momento asustó al mismo Morgan: el niño había experimentado desde el día anterior tantas emociones, que ya se habían agotado sus fuerzas: una fiebre ardiente le devoraba, y sintió que se estraviaba su juicio, y por espacio de algunas horas, su dolor fué un verdadero delirio.

En fin un desmayo dió un poco de quietud á su alma.

Morgan que no se había separado de su lado no desperdió un momento para reavivar su valor,

—¡Han matado á tu madre! le dijo en voz baja; llorar es inútil; pensemos mas bien en vengarla.

—¡Vengarla! repitió Arvins ¡Ah! ¿que es preciso hacer?

—Tener valor para seguirme cuando llegue el momento.

El joven celta se puso de pie de un salto.

—¡Vamos! dijo.

—Es necesario esperar todavía, respondió el anciano; pero no temas nada; que si la venganza se retarda no será por eso menos terrible.

En seguida reveló Arvins el plan á los esclavos; era en la misma Roma

donde tenía que estallar la revolución, el plan consistía en incendiar la ciudad, y pasar á cuchillo á todo viviente que hubiese respetado las llamas.

El niño escuchó con feroz alegría estos pormenores que prometían á su odio una entera satisfacción. Educado con las ideas de su nación, creía firmemente, que estos sangrientos sacrificios debían regocijar á los manes de Norva; con hacer correr la sangre romana probaba su ternura, no veía en la venganza una alegría personal, sino un deber y una santa expiación.

El pensamiento de satisfacer de este modo á los manes de su madre le daba fuerzas; reprimió su dolor y aguardó con impaciencia la señal.

Esta se dió en fin; los esclavos se lanzaron sobre el foro con teas en la mano; pero los cónsules habían tenido conocimiento anticipadamente de este atentado, tomaron medidas de precaución y fueron cogidos los revoltosos.

La mayor parte de ellos arrojaron sus armas, y buscaron su salvación en la fuga. Algunos germanos, y algunos celtas entre los cuales se encontraba Arvins y Morgan, intentaron resistirse; pero atacados por un número superior cayeron entre los cadáveres enemigos.

Morgan y Arvins fueron levantados moribundos, y como esperasen obtener de ellos alguna útil revelación, los depositaron en calabozos separados, donde curaron sus heridas.

Ambos volvieron á la vida; pero ni el interrogatorio ni la tortura que experimentaban, contribuyó en manera alguna para que hiciesen traición á sus cómplices. Los interrogadores, se declararon vencidos, y los dos armoricanos fueron puestos en la misma prisión donde se depositaban las víctimas condenadas á ser devoradas por las fieras.

Cuando Arvins y Morgan volvieron á verse, se dieron las manos sin hablarse, y se sentaron el uno cerca del otro: ambos se habían engañado en su última esperanza, é iban á morir vencidos.... Después de un momento de silencio, exclamó Arvins, con acento dolorido.

—Ya mi madre no será vengada.

—Nuestros dioses no lo han consentido, exclamó Morgan.

—¿Que dioses son los tuyos? replicó amargamente el hijo de Norva: no pueden defendernos en nuestra patria, ni protegernos en la esclavitud; ¿por qué los adoramos si son impotentes? y si tienen poder.... ¿por qué nos abandonan? Los dioses de Roma son los únicos verdaderos, pues son los únicos que conservan las libertades.

—Invoquémosles entonces, dijo Morgan desdeñosamente. ¿Crees que oyen la voz de un esclavo? No conceden su favor mas que a los dueños.

—De manera, dijo el joven celta, que el mundo entero no existirá desde ahora mas que para ser la bestia de carga de una sola ciudad.... ¡Oh! ¿para que nacemos entonces? ¿Por qué no de guellan por compasion al niño que abre sus ojos por primera vez? ¿Qué mal genio ha hecho la tierra si debe estar para siempre abandonada a la injusticia y a la servidumbre?

—El reinado de la paz y de la libertad se acerca, dijo una dulce voz.

Arvins admirado levantó la cabeza: era Nafel.

—¿Tu aqui? exclamó. ¿Has conspirado tambien contra los opresores?

—No, respondió el armenio; me han condenado a las fieras unicamente porque adoro a un dios tal como lo desais ahora.

—¿Que quieres decir?

—Que soy cristiano.

Arvins miró a Nafel con curiosidad: muchas veces habia oido pronunciar el nombre de cristiano con desprecio; decian que era la religion de los criminales y de los miserables; que era fabula inventada en Judea que habia seducido a los pueblos, como todo lo que es nuevo.

—Si tu Dios es bueno, dijo el hijo de Norva, no tiene poder pues que te entrega tambien a tus enemigos.

—Mi Dios me ama, respondió Nafel; quiere servirse de mi para sostener su ley: cada uno de los fieles que mueren fecunda con su sangre la nueva creencia: a fuerza de ver caer mártires y oyéndolos exclamar: *¡yo soy cristiano!*

se preguntará lo que significa esta palabra que enseña a los hombres a morir sin sentimiento y perdonando a sus verdugos.

—¿Y qué quiere decir? preguntó Arvins.

—La libertad y la fraternidad entre los hombres, y la felicidad de todos. Los mas santos a sus ojos, no son los mas felices, sino los que sufren: ellos vienen a destruir la violencia y a romper los hierros de la tirania, no por medio de revoluciones sangrientas, sino por medio de la persuasion. Llegará un dia y no está lejos acaso, en que se proclame la igualdad de los hombres, pues el cristiano no es solamente un creyente; es la ley humana, el espíritu del porvenir, es una nueva era anunciada al mundo.

—Y no la veremos nosotros, dijo el hijo de Norva.

—¿Qué importa? la tierra no es mas que un lugar de tránsito. Aun reformada por la ley de Cristo no será mas que la sombra de un mundo mejor, donde cada uno será recompensado segun sus obras.

—¿Y quién nos abre ese mundo? preguntó Arvins.

—La muerte, contestó Nafel.

Arvins guardó un instante silencio. Las palabras del armenio le habian conmovido profundamente: distinguia el brillo de una luz inesperada y entreveia mil nuevos horizontes. Jamas vino a su pensamiento una idea tan grande, tan bella y consoladora. Comparaba esta religion fundada sobre la equidad del amor con las bárbaras enseñanzas de Morgan, y la impotencia de sus dioses que le dejaban sin consuelo en el abismo, con la generosidad del de los cristianos, que le mostraba mas allá de la tumba una existencia eterna donde comenzaba el reinado de la equidad.

—De modo, dijo Arvins despues de de una larga reflexion, que tu creencia, Nafel, establece aqui abajo una ley de justicia y de verdad, y como toda obra humana es imperfecta, promete otra vida donde serán reparadas las iniquidades, los culpables castigados, y consolados los afligidos. Allí se encon-

trará en toda su perfección lo que la ley de Cristo no puede establecer mas que imperfectamente entre los hombres.

—Sí, dijo el armenio.

—Nafel, exclamó Arvins levantándose; ¡yo quiero morir cristiano!

§. VIII.

Algunos dias despues, varios carteles fijados en los edificios publicos, anunciaban el espectáculo que daba el emperador al pueblo romano. La multitud se dirigía al circo.

Los condenados fueron llevados á él; eran cerca de seiscientos; en primera fila marchaban Nafel, Arvins, y Morgan los seguía con la frente levantada y la mirada serena.

Al pasar por delante del sitio donde estaba el emperador, todos se inclinaron, repitiendo segun el uso establecido:

—César, los que van á morir te saludan.

Fueron conducidos al medio del circo y desatados; en este momento, Nafel tomó la mano de Arvins, y con voz fuerte exclamó:

—Romanos; el Dios de los cristianos es el unico verdadero; yo y este niño alabamos su nombre.

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron mil rugidos á la vez; acababan de abrirse todas las cuevas y las fieras se lanzaron á la arena.

La mayor parte de los condenados se dispersaron; Arvins y Nafel se hincaron de rodillas con las manos levantadas hácia el cielo.

Entonces dió principio una escena horrible; pero el polvo que se levantó no tardó en confundir á las victimas; se oyeron gritos y lamentos, y despues insensiblemente todo se fué estinguendo, y cuando la nube de polvo se disipó, no se vieron mas que osos, tigres y leones agrupados, inflamados de carne y sangre, y que acababan de roer cadáveres.

HISTORIA DEL BAILE.

LA DANZA EN EGIPTO.

La danza es sin duda la mas antigua de las artes, pudiéndose añadir que es la mas noble. Así lo aseguran al menos cuantos autores han escrito del baile, y principalmente el filósofo Luciano, que nos ha dejado una obra admirable sobre este punto.

Segun dicho filósofo, remonta el baile al principio del universo. Preciso es confesar que pocas artes hay mas antiguas. Los grupos de los astros, la conjunción de los planetas y estrellas fijas y su armonia, han servido de base á sus preceptos.

Lo que hay de positivo es, que la danza tenia en un principio un carácter puramente religioso; estaba exclusivamente consagrada al culto de la divinidad. Los sacerdotes tenían unicamente el derecho de entregarse á este piadoso ejercicio.

Mucho han cambiado despues las cosas, como se vé. Los egipcios, ese pueblo considerado por tanto tiempo como el mas viejo y sabio de la antigüedad, daban tal importancia á la danza, y la practicaban tan frecuentemente en las iniciaciones, que llamaban anti-danzantes ó infieles á la danza á los que revelaban estos misterios.

Usaban dos especies de danzas muy célebres, de las que Platon, Luciano y otros autores nos han dejado escritas maravillas. La primera se llamaba *la danza astronómica*. Mas tarde volveremos á hallarla en Grecia, donde la trasportó el divino Orfeo, y en Italia, donde la importó Pitágoras. Los coros de las tragedias griegas y romanas nos han enseñado todos los movimientos.

En esta danza un altar colocado en el centro representaba el sol, los bailarines, figurando los signos del Zodiaco, los siete planetas y las constelaciones, ejecutaban las diferentes revoluciones de los cuerpos celestes, girando en derredor.

Pero la danza mas famosa y célebre en todo Egipto, era la que celebraba en honor del dios Apis.

Aunque yo suponga que no exista entre mis lectores ninguno que no conozca este dios; no es sin embargo fuera de propósito, á lo que pienso, el dar algunos detalles de este divino cuadrúpedo, puesto que su raza se ha perdido completamente.

El dios Apis era un buey; pero no era un buey como los demas.

Era preciso que tuviera el pelo negro; sobre el lomo la figura de una aguilá, la de caracol debajo de la lengua, los pelos de la cola dobles, y en el lado izquierdo una mancha blanca como una media luna.

Es fácil concebir que semejante buey no podia nacer del modo ordinario: debia haberle concebido una becerra al golpe de un trueno.

Hallado ya el dios, se le alimentaba por cuarenta dias en las orillas del Nilo y le servian mugeres. Trascurridos estos se le conducia á Menfis.

A su entrada en la ciudad comenzaba la gran danza de los sacerdotes del Egipto. El argumento era la historia de Osiris, primera divinidad egipcia. Durante la marcha se representaba por movimientos lentos ó apresurados, y al son de mil instrumentos, el nacimiento milagroso del dios, los juegos de su niñez, sus amores y su matrimonio con Isis. Luego se representaba la conquista y civilizacion de la India por Osiris, el regreso de este conquistador á Egipto y la muerte de sus perdidos hermanos, castidos por su propia mano.

Muchos comentadores de la Biblia, y entre otros el doctísimo Calmet, benedictino han disertado profundamente acerca de esta danza. Este último nos ha dejado una descripcion tan detallada, como si él mismo la hubiese presenciado: hizo ademas grabar una lámina que la representaba.

Por lo demás los judios tenian una pasion desordenada por la danza: el mismo Dios se la permitia. «Oh Virgen de Israel, dijo á su pueblo para anunciarle el fin de su cautiverio, yo te devolveré tus tamboriles, y volverás á danzar en tus alegres reuniones.» Se ve en efecto, segun el salmista, que á estas danzas acompañaba siempre el

sonido de los instrumentos, y principalmente el tamboril. Jeremias al hacer votos por la restauracion de Jerusalem, pedia tambien que volviera á usarse sus cantos y danzas. Por fin, en los tres templos de Jerusalem, Garizim y Alejandria, existia un sitio llamado Coro, dispuesto á la manera de un teatro y destinado á las danzas. Las primitivas iglesias cristianas, como por ejemplo, las de San Paneracio y San Clemente, se construyeron segun este modelo.

Tenian á mas los judios danzas políticas. La mas célebre es la que instituyeron los macabeos para solemnizar la restauracion del templo. Cuando Judith cortó la cabeza á Holofernes, celebraron los judios una fiesta pública, que terminó, segun dice el napolitano Zuccaro, por un baile que la misma Judith presidió.

El pueblo organizaba con frecuencia danzas en las cercanias de las ciudades. Las jóvenes de Silo estaban danzando á la sombra de las palmeras, cuando los jóvenes de la tribu de Benjamin, á quienes las habian negado por esposas, las arrebataron por fuerza, aconsejados por los ancianos de Israel.

«He aqui la fiesta del Señor, dice el testo: marchad y ocultaos en las viñas, y cuando las jóvenes de Silo danzaran segun costumbre, salid de vuestra emboscada, tomad cada una una esposa, y huid á tierra de Benjamin.»

Este ejemplo acredita que Rómulo conocia la Historia Santa, y que el rapto de las Sabinas es un verdadero plagio.

Al llegar la procesion al templo eran mas vivas las danzas, y el pueblo manifestaba tambien su entusiasmo, entregándose á los trasportes de una loca alegría.

Pero ¡ay! el dios Apis, aunque revestido del carácter de dios, tenia sus dias contados: como buey no podia vivir mas que sus semejantes, y la divinidad no tardaba en convertirse en victima.

Llegado el dia los sacerdotes llevaban al dios á la orilla del Nilo, donde le pedian con la mayor reverencia el permiso para ahogarle. Ordinariamente

le el dios no ponía ninguna objeción, por lo que se procedía inmediatamente al sacrificio. Se bailaba en su muerte, así como se había hecho en su apoteosis; pero estas danzas fúnebres eran tan lúgubres, como alegres habían sido las primeras.

EL GITANO.

Oscuro es en verdad el origen de los gitanos sin haberse podido descubrir hasta el día su verdadera procedencia.

La opinión mas admitida, según muchos historiadores, es que descienden del Bajo Egipto; pero esto mismo lo contradicen otros haciendo ver lo contrario.

Hay historiadores que aseguran que descienden de la Esclavonia, en la Hungría, otros que de los confines de la Turquía, otros que de una parte de la Rusia, fundándose en ello, porque en los confines de este dilatado imperio existe una casta de hombres muy parecidos á los gitanos.

Otros aseguran, y entre ellos el erudito padre Feijóo, que floreció á principios del siglo pasado, que descienden de las Indias orientales, de donde emigraron en 1400, trasladándose á Alemania, y desde allí á lo demás de Europa.

Cuenta el citado Feijóo en sus escritos que cuando por primera vez se presentaron en Alemania en 1417, y les preguntaban por qué habían abandonado su país, contestaban que habiéndose cumplido en ellos el castigo que Dios les impuso á sus ascendientes, por no haber querido amparar á la Virgen María cuando iba fugitiva con el niño Jesús, tenían que cumplir aquel castigo peregrinando siete años sobre la tierra.

Esto, como se deja conocer, era una solemne impostura para que compadeciéndose de ellos no les negaran la hospitalidad y los socorriesen en su holgazanería: de aquí data según se ve, el creer muchos que descienden del Egipto, cuando jamás se vió en todo

él ni uno solo de estos perjudiciales vagabundos.

De todo lo espuesto nada se aviene á creer sino que su verdadera procedencia es de las Indias Orientales, como lo está diciendo mas que nada, el color olivastro de su cuerpo, la deformidad de sus facciones, el pelo lacio, sus costumbres relajadas, su language mezclado de voces insustanciosas, y su poco amor al trabajo.

Para corroborar esta opinion copiamos la relacion que hace de los gitanos un historiador alemán, contemporáneo, en su obra Historia Universal que en la actualidad se está publicando y que ha merecido la mayor aceptación.

Dice así el historiador alemán, hablando de las conquistas que hizo Tamerlan en las Indias Orientales:

«La expedición de Tamerlan á la India hizo salir de allí á los singaros (gitanos). Ningun punto ha sido mas tratado y debatido que la existencia de esta poblacion miserable, esparcida por todo el mundo hace tantos siglos, sin haber cambiado de caracter ni costumbres. Aun se encuentran en los países de los marhatas unidos en tribus, y su lengua, así como su fisonomía, revela su origen indio: llámanse en efecto zingari en la India á los últimos de los parias. Cuando Tamerlan trastornó este país, las tres castas superiores sufrieron, pero sin separarse del suelo natal. Por el contrario, los indios de las castas inferiores se derramaron abandonando un lugar de miserias, y siguiendo las huellas de los mongoles, como espías ó merodeadores, se extendieron por los países conquistados. Algunos se dirigieron hacia Oriente, y aun existen en las costas del Malabar, quienes viven del oficio de piratas. Otros anduvieron errantes por la Persia y el Turkestan; algunos, impulsados probablemente por los otomanos, ganaron la Europa, donde aparecen en 1417, en Moldavia y en la Valaquia; al año siguiente en Suiza, en 1422 en Italia, en 1427 en Francia, haciéndose pasar por originarios del Bajo Egipto, añadiendo que Dios había hecho su país estéril porque sus abuelos habían

negado asilo á María en su huida con el niño Jesus, ó tambien decian que el papa Martin, en castigo de su apostasia, los habia condenado á andar errantes durante siete años sin entrar en un lecho, mandando á todo obispo ó abad mitrado darles seis libras torne-sas. No se les quiso recibir en Paris; pero se les designó por barrio la capilla cerca de San Dionisio, donde la curiosidad atraia una multitud de gentes para verlos, al paso que ellos mismos, observando las manos, decian la buena ventura á quien queria pagarles. Espulsólos el obispo (1560); pero continuaron en andar errantes por el reino, aunque Francisco I los desterró, bajo pena de galeras. Esta amenaza se reiteró varias veces, hasta el momento en que se mandó poner la cadena sin mas forma de proceso (1666) á todos los que se cogiesen.

«El nombre de zingaros (1) es bajo el cual mas se les designa generalmente. Los daneses y suecos los llaman los tártaros; los ingleses egipcios (*gypsies*); los franceses bohemios; los arabes arami, es decir, ladrones; los húngaros *pharaohnepek*, ó pueblo de Faraon; los holandeses *heidenen*, ó idólatras; los españoles *gitanos* ó maliciosos. Fueron desterrados de Inglaterra en tiempo de Enrique VIII (1541) y de Isabel; en vano trató de echarlos de Alemania Carlos V. Algunos se han establecido de fijo en la Gran Bretaña, y mayor número en Transilvania, en Valaquia, en Lituania y en las provincias del Cáucaso, abandonando la existencia nómada, aunque no toman parte en la civilización. El emperador José II, así como una sociedad inglesa, emprendieron civilizarlos en lugar de perseguirlos.

«El único país en Europa en que se encuentran reunidos en algun numero es en España, que despues de haber

arrojado á los moros y los judios industriosos, no ha podido desembarazarse de estos huéspedes ociosos y repugnantes. En vano fueron desterrados por Fernando el Católico en 1492; en vano un siglo despues, el concilio de Tarragona los proscribió de nuevo; en la llanura de Granada, y en las áridas montañas que la rodean, por la parte que hace frente á la Alhambra, se ven multitud de grutas semejantes á madrigueras, defendidas por matorrales espinosos de nopales: allí viven cincuenta mil gitanos vendiendo higos, fabricando cuerdas y esteras de junco y pita, buscando partículas de oro en las arenas del Darro, engañando en el precio de los animales que venden y compran. Prefiriendo el robo á la limosna, se aprovechan de todas las perversas inclinaciones de la humanidad, estimulando la avaricia y el libertinage, prestando ayuda al fraude, preparando el camino á los ladrones, robando los niños, diciendo la buena ventura. Solo dos buenas cualidades los distinguen, la pureza femenina, al menos con relacion á los forasteros, lo que apenas se cree con tal abandono de moral, y el amor á la familia, en cuyo seno se refugia la gitana, pura y afectuosa, despues de haber empleado su dia en robar, engañar, fomentar y facilitar la licencia. El mundo los desprecia, y poniéndolos fuera de la ley civil, empeora su condicion en lugar de hacer enmendar á tantos hermanos extraviados.»

Tienen un language particular que se le conoce con el nombre de *romané, caló* ó *gitano*, y aunque no todos lo hablan, les sirve de mucho para sus negociaciones, impidiendo de este modo que se enteren en su conversacion, lo cual á veces bien lo necesitan. Por lo demas, tanto en España como en otras naciones, se han acomodado al idioma de ella, teniendo tambien sus dialectos particulares de que se valen para lo indicado.

(1) *Hid kales*, indios negros. Véase Carlos Pougens. — Tesoro de los orígenes de la lengua francesa.

